

SENSIBILIDAD DE VANGUARDIA: MANUEL DE LA CRUZ GONZÁLEZ

*Eugenia Zavaleta Ochoa**

En un momento dado de su vida, el artista Manuel de la Cruz González (1909-1986) se autodefinió así:

El arte no se puede detener y si se detiene se hace academia y se muere, pues la pintura se convertiría en clisé. Yo no he podido ser un pintor clisé. He tenido siempre una necesidad de cambiar, por lo que he pasado por diversas etapas.

Sin duda, González fue muy preciso en caracterizar su quehacer artístico. Durante su juventud, su constante avidez por investigar y estudiar lo llevó a explorar los caminos del Impresionismo, Posimpresionismo, Cubismo y Expresionismo, entre otras tendencias estéticas. Así, esta formación autodidacta lo ubicó entre aquel grupo de creadores más vanguardistas de la generación de los años treinta. Sus trabajos, al igual que los de sus compañeros, causaron manifestaciones de aprobación y beneplácito; sin embargo, también provocaron polémica y enfrentamientos con los defensores de las corrientes clásicas y más conservadoras.

Justamente, este ambiente de controversia y debate sería casi una constante durante su vida plástica y personal. Por eso, no era extraño encontrarlo defendiendo vehementemente

la causa política liderada por el Dr. Rafael Ángel Calderón Guardia, en la década de 1940. Después de la Guerra Civil de 1948, dicha posición lo obligó a autoexiliarse en Cuba. La actividad cultural que encontró en la isla caribeña enriqueció su lenguaje pictórico, que en un principio presentó rasgos expresionistas y surrealistas, y luego manifestaciones abstractas. En 1950, se trasladó a Maracaibo (Venezuela), en donde ya se sumergió, por completo, tanto en la abstracción geométrica como en el expresionismo abstracto. Finalmente, la nostalgia por su país lo hizo volver a Costa Rica, en 1958.

Su regreso no fue silencioso. Ese mismo año expuso las obras que había realizado en Cuba y Venezuela, muchas de las cuales eran no figurativas. Nuevamente, generó opiniones encontradas, unos lo defendieron y otros lo llamaron “farsante”. Su carácter apasionado y la vasta información que había asimilado sobre los movimientos modernistas, lo impulsaron a transmitir los nuevos conceptos en conferencias, artículos y críticas de arte. De esa manera, se convirtió en uno de los impulsores del arte abstracto en Costa Rica, junto con Lola Fernández y Rafael “Felo” García. Este ímpetu lo mantuvo al participar como miembro del Grupo Ocho

* Sub-directora, Centro de Investigación en Identidad y Cultura Latinoamericanas (CIICLA)
Coordinadora, Museo Integral de Cultura e Identidad Nacional y Centroamericana (MINCI)
Recepción: 08/12/2011. Aceptación: 13/03/12.

–creado en 1961– y el Grupo Taller –formado hacia 1963–, ambos propulsores de las tendencias abstractas y modernas, en general. Sin embargo, el tiempo se encargaría de apagar poco a poco el entusiasmo que expresó durante estos años.

Al final de su vida sintió que su obra había sido incomprendida, como también experimentó una gran decepción hacia el país, lo cual posiblemente lo hizo retornar a la figuración. Entre las razones que pueden explicar este sentimiento, se puede señalar que el artista se dio a conocer especialmente como un pintor abstracto, corriente que ha encontrado dificultad en ser aceptada por el público. Pero, probablemente,

el factor más determinante fue su posición política. Su exaltada defensa del calderonismo le impidió posteriormente enrolarse dentro de las filas de la cultura oficial y, por ende, lo privó de legitimidad y popularidad. No sin razón la amargura lo llevó a escribir: “Venezuela significa mi despedida a la vida.”

En este año en que se cumple el centenario del nacimiento de Manuel de la Cruz González, celebremos su trayectoria y legado plástico. Así, honraremos a un artista que una vez se sintió muerto en su país, pero que a pesar de esto, le inyectó vida a la creación artística costarricense.